

Françoise Vatant

## Algunas reflexiones en torno al papel de bisagra de la etnografía entre la teoría antropológica y el trabajo de campo\*

No sé si la formulación de la temática en su forma más manifiesta, la de una convocatoria, fue dejada al azar. Espero que sí ya que este hecho nos mostraría nuevamente la fuerza del oficio que piensa en voz alta después de convertirse en una práctica maquinal. Esta formulación, temporalizada en su presen-

\* Tras haber escombrado varios cajones de papeles, encontré la versión corregida que entregaba al equipo de *Boletín de Antropología* de entonces. Tuve más suerte que el equipo actual de la misma revista ya que en el cambio de personal, lo que había devenido un artículo, había desaparecido. Venía acompañada de una nota que le integré: "Esta ponencia fue presentada en la mesa de trabajo del 31 de mayo de 1991 en el Encuentro Nacional sobre Programas de Formación de Antropólogos efectuado en las instalaciones de la Universidad de las Américas, Puebla. La convocatoria preveía dos mesas de trabajo; ambas tratarían de la relación de la etnografía, la primera con las teorías antropológicas, la segunda con el trabajo de campo.

En este mismo afán de contextualizar este texto, me parece importante precisar que en las fechas de su primera redacción, la especialidad de etnología en la ENAH, de la cual la autora era profesora de tiempo completo, se estaba reestructurando; se pensaba asimismo producir un documento de trabajo que hubiera podido ser útil ... si tal reestructuración hubiese sido académica."

Como la vida no es una espiral que quisiéramos infinita, ya estamos en julio de 1996 y ... se prevé una revisión del plan de estudios mencionado entre las comillas. Aprovecho esta coyuntura para hacer valer un viejo derecho de publicación.

tación discursiva y en su realización del trabajo académico, pone efectivamente de relieve el papel central de la etnografía. Núcleo aglutinante de teorías, les cede sin embargo la batuta, para culminar en el trabajo de campo del cual extrae nuevos datos. A su vez cederá el papel rector ya que "el observador debe tener, contra el teórico, la última palabra, y el indígena debe tenerla contra el observador" (M. Mauss). Como proceso real se volverá inmediatamente sin principios ni fin. Sólo la epistemología, la gran ausente, la ordenará en los dos sentidos de la palabra. Pero esta ausencia, nos vuelve a marcar nuestro lugar de antropólogos constreñidos a una filosofía espontánea.

Por el lugar de bisagra que ocupa la etnografía en este evento, empearé por plantear brevemente el significado que de ella manejaré. Nuestra estrategia específica de sobrevivencia y reproducción, producto del largo proceso evolutivo mediante el cual se desarrollan los seres vivos pasa por la cultura que presenta la paradoja fundadora de ser impuesta por la biología y debe desprenderse de ella. A la obligatoriedad, más que posibilidad, de emitir palabras y fabricar herramientas, dominada en un principio "por ritmos biológicos", sucede "una evolución cultural dominada por los fenómenos sociales" (Leroi-Gourhan, 1964: 40-204). Lo simbólico, en cuanto presentificación de lo ausente, lle-

va, más allá de los mundos naturales específico y ambiental, a la construcción de la realidad a la cual se accede por el aprendizaje; a la memoria específica, transmisible genéticamente, se supone una memoria de aprendizaje que se vuelve imprescindible y depende de soportes, externos a quienes somete. Cada individuo deja de representar su especie; ahora es representante de un grupo social cuya cohesión interna está asegurada—cuando todo marcha bien— en función de afinidades culturales que son a su vez diferenciaciones hacia el afuera. Le corresponde a la etnografía dar cuenta de estos rasgos diferenciales, desde su mera recolección en el campo hasta su sistematización más compleja que sólo puede alcanzar desde una perspectiva teórica. Si bien una larga tradición y un procedimiento pragmático le hacen privilegiar el aspecto sincrónico actual de la diversidad cultural, el planteamiento anterior destaca la importancia de restituirla en el contexto mayor que constituye la antropología considerada en su integridad. Dejando las implicaciones de esta última observación para otra publicación, regresaré a lo que podría llamar etnografía en sentido estricto, limitándome a su articulación con las teorías antropológicas. No haré más que algunas digresiones sobre el lugar de la práctica de campo y sobre lo que entiendo por "formación del antropólogo", que hubiera podido ser el punto de partida, pero que preferí

dejar para intuirse a partir del propio contexto.

Nadie objetará que la descripción más ingenua presupone la selección de los rasgos considerados significativos e ignora los demás; tanto más inevitable resultará un marco teórico cuando se trata de codificar una realidad a la que se interroga. Pocos cuestionarán la pertinencia de presentar a un neófito las diferentes teorías que se sucedieron, se empalmaron y raras veces se limitaron a coexistir, en su afán por responder a las múltiples preguntas que se pueden formular en el campo de la etnografía y a las cuales da pie su misma originalidad de ser más un saber que una ciencia. Pero la polémica no puede evitarse en el momento de puntualizar la manera más adecuada y provechosa de transmitir dichas teorías. Aclaro que incluyo en tal término tanto a las corrientes y escuelas como a las teorías específicas, particularmente las que fueron obra de los que Geertz llama autores, así como sus diferentes textos, aun cuando representan niveles que se pueden diferenciar radicalmente en determinadas circunstancias, distinguiré dos polos en su enseñanza:

1. Su *coherencia interna*, considerándolas como sistemas reconstituibles ya que no siempre inmediatamente dados, que articulan los cuatro aspectos que les son inherentes: la epistemología, la teoría con su metodología y las técnicas.

2. *En acción*, es decir desde los diferentes temas que privilegiaron, constituyéndolas en campos de batalla en los cuales lucharon para establecer su poder hegemónico simbólico. En lo personal, a nivel licenciatura<sup>1</sup> antepondría

<sup>1</sup> Aun cuando me parece que no se puede hablar de formación de antropólogos sin una perspectiva global que incluya los tres niveles de licenciatura, maestría y doctorado, desde mi lugar, profesora en la licenciatura de etnología, prefiero restringirme a lo que "mejor" conozco.

el segundo polo, subrayando las limitaciones del primero, particularmente cuando aísla las diferentes obras en grandes bloques, evolucionismo, culturalismo, etc., presentados por separado en semestres sucesivos. Los riesgos de caer en mecanicismos, simplificaciones atractivas pero limitantes, y rigideces encajonadoras son difícilmente evitables cuando se les quiere transmitir a estudiantes de los primeros semestres. Las proposiciones esquemáticas suceden a los malabarismos tan impresionantes como estériles que consisten todos en encontrar, en los textos considerados, la corroboración de lo que se pretendía leer. Basándose en la propiedad de lo real de incluirlo todo, y aprovechando la larga experiencia, adquirida con las primeras palabras, de construir nuestro mundo, nunca totalmente propio, recortando en la infinidad ofrecida lo que consideramos, y nos harán considerar, relevante, será siempre posible hacer artimañas. Se presentará a Tylor como "idealista filosófico" (Opler) o como materialista (L. White) y al enfoque de Boas "particularista, inductivo y empirista" aun cuando "se debe tener cuidado de no exagerar estos puntos en la obra de Boas. Siempre podemos encontrar pasajes distintos en su trabajo" (J.S. Kahan, 1975). Justificando con argumentos, generalmente pedagógicos, una lectura empobrecida que tiende a eliminar las contradicciones, inevitables ya que son motor de todo desarrollo, particularmente entre lo dicho y lo hecho, lo "teórico sistematizado" y lo teórico en estado práctico, lo que nuestro propio medio fomenta, se privilegia a corto plazo el Sujeto Supuesto Saber y se coartan a largo plazo nuevas vías de desarrollo.

Si bien estos peligros pertenecen a nuestro oficio, creo que disminuyen mucho —reemplazándolos por otros que, ojalá, la posición contraria pudiera detectar— cuando se contrastan las teo-

rías presentadas y, sobre todo, cuando se actualizan en la resolución de los problemas nodales que comparten y que son finalmente reducidos a unos cuantos. En los campos que delinear, se constituyeron teorías "regionales" que propongo que sean los ejes retenidos para presentar estas teorías en acción.

Plantearé desde ahora la necesidad de un semestre, o más aún de un año, introductorio durante el cual los estudiantes tendrán un primer panorama general de este nuevo mundo en el cual aprenderán a transitar. Por no haber específicamente en la temática de este encuentro, no me extenderé sobre este punto más que para presentar dos de sus características indisolublemente ligadas: ya que su objetivo es presentar articulada y sintéticamente en un lapso dado, lo que los estudiantes tendrán que ir profundizando durante el resto de su carrera, para crear una nueva *episteme* que ordena y articula los diferentes saberes; se ve la importancia de cursos *excátedra* dictados por los profesores con mayor experiencia, tanto en la docencia como en la investigación. Se destinaría una de las materias a la presentación, principalmente descriptiva en un primer momento —lugares, fechas, autores, obras, etc.—, de las principales teorías así como de las relaciones polémicas y convergentes que sostuvieron tanto entre sí como con otras teorías significativas, y a la caracterización de la épocas epistemológicas e históricas a las cuales pertenecieron. Al final de este semestre o año los estudiantes conocerían el continente de nuestro patrimonio, tanto a partir de quiénes y cómo los construyeron, como de sus diferentes objetos de estudio y de las distintas problemáticas en las cuales se inscriben, de los puntos nodales-ejes alrededor de los cuales se sigue debatiendo —símbolo/función, evolución/cultura (M. Augé, 1987), pero igualmente individuo/sociedad, consciente/incons-

cienta, etc.—, de sus aportes y limitaciones respectivas.

En el núcleo de la carrera, o sea en los siguientes semestres, se profundizaría sobre estas diferentes teorías, pero en acción, es decir movilizandolas sus diferentes recursos, humanos, que incluyen tanto a los propios antropólogos como a los sujetos de estudio, así como conceptuales y técnicos, en las diferentes etapas, desde la recolección de datos hasta sus elaboraciones más elaboradas, para resolver preguntas recurrentes. Los diferentes teóricos estarían subordinados a las temáticas que trabajaron y éstas presentadas como espacios de confrontación en los cuales, debajo de nombres y posiciones, se juega, a partir de puntos de coincidencia, pero sobre todo de contradicción internos a las problemáticas construidas alrededor de cada tema, el desarrollo de nuevos campos de saber. Tomando en cuenta la posición específica de la etnología en el campo de las ciencias humanas y de la historia, colindando con cada una de ellas y recorriendo, desde lo más inconsciente, los dominios que comparten ellas con las ciencias empíricas (M. Foucault, 1984), se desprende la importancia de presentar las relaciones de *nuestras* teorías con las de las disciplinas vecinas que se acercan desde otras perspectivas a los mismos temas; pero es remitirse aquí al debate siempre abierto de la interdisciplinariedad, lo que rebasa mi propósito actual.

Es en la etapa de recopilación de información que se tendría que articular, tanto en la práctica docente como en la discusión que se llevará en Cholula, algunas reflexiones sobre la práctica de campo. Ya que centré mi participación en el tema de la etnología, me limitaré aquí a descartar algunas observaciones desiguales sobre la práctica de campo:

1. El interés de combinar la lectura de las grandes monografías con las prácticas de campo, particularmente en sus

fases de preparación, articulándolas con la teoría en la cual se insertan.

2. Si bien se puede pensar en la importancia de salidas de campo, integradas a las diferentes materias que se prestan a su realización, reservo el significativo “práctica de campo” a una estancia prolongada en el campo en la cual se desarrolla una práctica activa de búsqueda de información cuyos objetivos van desde el planteamiento concreto de una pregunta hasta la resolución de un tema ya cernido. Vale destacar la necesidad de conjugar las dos vertientes de dichas prácticas de campo: la *objetiva*, en cuanto recolección de datos, pero igualmente la doblemente *subjetiva*, en cuanto técnica característica de nuestro oficio que trabaja “en la intersección de dos subjetividades” (C. Lévi-Strauss) y por eso mismo involucra fenómenos ineludibles de transferencia y contratransferencia (G. Devereux, 1967).

3. Es en este punto donde toman toda su importancia los tres niveles académicos ya señalados, para ubicar los diferentes momentos del trabajo de campo. En lo personal me inclinaría a defender que como primer rito de iniciación, al final de la licenciatura, de manera obligatoria se incluyeran por lo menos tres meses de estancia en el lugar seleccionado.

4. Por tanto, me parece fundamental subrayar el papel desencadenador de cuestionamientos de la misma preparación teórica que tienen la primera práctica de campo larga y la fase inmediatamente posterior, cuando no simultánea, después del manejo ya dominado del diario de campo de redacción. Aprovecho para llamar la atención acerca del menoscabo que se hace, por lo menos en el cuadro de la ENAH, de la fase tan importante de aprendizaje que constituye el asentamiento-internalización del saber impartido y adquirido.

Por fin, el último semestre se podría considerar como prefiguración para la

maestría, y lo expuesto para *este* semestre podría ser desarrollado más extensamente en el nivel superior. El acervo alcanzado en ese entonces por los estudiantes debería permitirles reconstruir, siempre en lo que es significativo, o sea a partir de rasgos diferenciales de distintos ídoles y escalas, las grandes corrientes con sus cuatro aspectos. Paralelamente, lo que no quiere decir aisladamente, se tendrían que presentar las teorías más recientes. Pero si se asumió realmente la pluralidad teórica tan deseable, aun cuando demasiado esgrimida para no volverse sospechosa, y si se logran crear las condiciones favorables para la actualización permanente de los docentes, tal presentación sería sobre todo una sistematización.

Se puede esperar que durante estos cuatro años, junto con el sinnúmero de conocimientos y saberes, cuya adquisición específica podrá ser medida en su tiempo, pero que se irán diluyendo entre sí, se habrán transmitido los contextos discursivos que les sirvieron de vehículos, o sea tanto los fundamentos, presupuestos y premisas que no son siempre explícitos, como las habilidades profesionales y mundanas, pero también arduas, que distinguen, en el sentido más “bourdieuano” de la palabra, al antropólogo. La formación de nuevos códigos, de nuevas “rejas lingüísticas, perceptivas, prácticas” (M. Foucault, 1966), es decir de nuevas cadenas operativas que se volvieron maquinales, es condición de la formación de nuevos antropólogos, y habrá operando una transformación de su *episteme* original.

Para concluir, dejaré a manera de reflexión algunas líneas que considero marco general, eje conductor y meollo de las consideraciones que presenté: “Estos elementos son menos importantes que el modo como cada cultura los agrupa, los conserva o los excluye. Y lo que constituye la originalidad de cada